MACONDO,
CIFRA DE LA AVENTURA HUMANA

Germán Marquínez Argote

Texto publicado en:

- Ponencias del III Congreso internacional de filosofía latinoamericana. Bogotá, USTA, 1984, pp. 137-168.
- Cuadernos de filosofía latinoamericana (Bogotá), 19 (1984), pp. 5-31.

1. Una novela total

"Acaso es imposible cifrar el mundo, meterlo en una cáscara de nuez, y con él la historia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis?"[1] Este descomunal empeño, que parece imposible, lo ha intentado Gabriel García Márquez. En efecto, los más diversos críticos han calificado a *Cien años de soledad* de novela total, fábula total, metáfora total, historia total, configuración total de la experiencia humana. "Total" significa que la novela "aspira a competir con la realidad de igual a igual", porque "los límites de la novela son los límites de la realidad, que no tiene límites"[2]. Por ello, y en forma coincidente, los mismos críticos no han podido menos de relacionar esta gigantomaquia garcimarqueciana con la *Biblia,* el libro total por excelencia: "En gran medida, *Cien años de soledad está* enmarcada dentro de una concepción bíblica"[3]. Lo que inspira a Gabriel García Márquez son "las grandes narraciones de Occidente, desde la *Biblia* a la que se parece tanto..., hasta los grandes maestros del Renacimiento"[4]. En esta forma, "Macondo se convierte en un territorio universal, en una historia casi bíblica'[5]; les como una Biblia"[6]. En definitiva, "Macondo es un microcosmos, no solamente de Colombia y de América Latina, sino de toda la civilización occidental, desde la creación bíblica y geológica, hasta el Apocalipsis bíblico y atómico".[7]

Sin embargo, afirmar influencias bíblicas en la obra de G. García Márquez, no es hacer de este escritor un especialista en *Biblia.* De su lectura sí nos consta. Estando en primer año de derecho en la Universidad Nacional, después de leer la *Metamorfosis* de Kafka, que fue para G. García Márquez una revelación, "decidí, nos cuenta, leer todas las novelas importantes que se hubiesen escrito desde el principio de la humanidad... Todas, empezando por la *Biblia,* que es un libro cojonudo donde pasan cosas fantásticas"[8]. Pero no necesariamente las posibles influencias son

---

[1] GULLÓN, R. García Márquez o el arte de contar, Taurus, Madrid, 1973, p. 46.
[2] VARGAS LLOSA, M., en Nueve asedios a García Márquez, Universitaria, Santiago de Chile, 4a. ed., 1975, p. 126.
[3] ARENAS, R., en Gabriel García Márquez, Taurus, Madrid, 1981, p.151.
[4] RODRIGUEZ MONEGAL, E., en lb., p. 128.
[5] FUENTES, C., en Ibíd., p. 27 6.
[6] CARBALLO, M. en Nueve asedios.... , p. 35.
[7] SEYMOUR, M. en Gabriel García Márquez, p. 203.
[8] GARCÍA MÁRQUEZ, G., El olor de la Guayaba (conversaciones con P. Apuleyo Mendoza), La Oveja Negra, Bogota, 1982, p. 52.

conscientes para el que las recibe[9] y en el caso de G. García Márquez pudieran ser más bien indirectas, es decir, más que fruto de una lectura concienzuda de la *Biblia,* expresión del catolicismo popular que forma parte de la vida de Macondo y que el novelista incorpora a su novela como parte esencial de esa realidad. El propio G. García Márquez ha indicado que al escribir *Cien años de soledad* "se me abrió una idea más clara de realidad... Me di cuenta que la realidad es también los mitos de la gente, es las creencias, es sus leyendas... Mi compromiso es con toda la realidad, el de una literatura referida a toda la realidad"[10]. No se debe olvidar que Macondo no es la América aborigen, sino la América postcolonial y que durante la Colonia se verificó la inserción de los pueblos amerindios a un nuevo sentido de la vida ofrecido por el catolicismo[11].

Así, pues, no es de extrañar que, debido a la fidelidad a lo "real total", G. García Márquez presente, en *Cien años de soledad,* una visión del mundo "fuertemente invadida por las concepciones tradicionales del catolicismo popular, donde pervive la idea de culpa y del castigo subsiguiente, la noción de pecado original, la esperanza en la revelación, la acechanza mágica, la afirmación del destino como clave de la aventura humana"[12].

En resumen, *Cien años de soledad* es la historia del destino de unos personajes, de una casa, de una estirpe, de un pueblo insignificante con una sobresignificación que en sucesivos círculos concéntricos se extiende no sólo a la Costa Atlántica colombiana, sino a Colombia entera, a América Latina universa y, en últimas, engloba a la especie humana. Macondo somos todos. Por

---

[9] G. García Márquez ha negado que al escribir Cien años de soledad tuviera otras intenciones más allá de "dejar una constancia poética del mundo de mi infancia". Frente a los críticos que, como hemos visto, le encuentran a su obra intenciones más complejas, G. García Márquez, ha respondido que "si existen, deben ser inconscientes. Pero puede ocurrir también que los críticos, al contrario de los novelistas, no encuentren en los libros lo que pueden sino lo que quieren" (El olor de la guayaba, p. 75). Es éste un caso típico en que ambos pueden tener razón. El autor se refiere al "finis operantis", los críticos al "finis operis", y no siempre las intenciones subjetivas y las objetivas coinciden. La obra se le puede escapar al autor de las manos e ir más allá de sus pretensiones inmediatas. ¿No es también lo que le pasó a Cervantes con su Quijote?

[10] GARCÍA MÁRQUEZ, G., entrevista con E. González Bermejo, en Gabriel García Márquez, pp. 245-246.

[11] A propósito, ha escrito Octavio Paz: "El catolicismo es el centro de la sociedad colonial porque de verdad es la fuente de vida que nutre las Actividades, las pasiones, las virtudes y hasta los pecados de siervos y señores, de funcionarios y sacerdotes, de comerciantes y militares... Por la fe católica los indios, en situación de orfandad, rotos los lazos de sus antiguas culturas, muertos sus dioses tanto como sus ciudades, encuentran un lugar en el mundo". Los signos de rotación, Alianza Editorial, Madrid, 1971, p. 59.

[12] RAMA, A., en Gabriel García Márquez, p. 32.

lo mismo, es imposible leer a niveles profundos *Cien años de soledad* sin que evoque en el lector el mundo de la *Biblia.* Las analogías son múltiples, las referencias en muchos pasajes obvias[13]. Pero más allá de los aspectos simplemente anecdóticos, la estructura, el trazado y la intencionalidad de la novela, a mi modo de ver, son profundamente bíblicas: *mostrar un mundo en nacimiento, vida, pecado, pasión y muerte, como cifra de la aventura humana. ¿También en resurrección?* La novela termina negando al viejo y desgastado Macondo una segunda oportunidad. Pero, en cambio, el propio G. García Márquez, en su discurso de recepción del premio Nóbel, expresó en Estocolmo su fe en "una nueva y arrasadora utopía de la vida... donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra". Es el anuncio de una buena nueva, de un nuevo testamento. Lo que en *Cien años de soledad* se concluye y cierra es el ciclo vetustestamentario latinoamericano. Es lo que trataré de mostrar.

2. Prehistoria y éxodos

Macondo viene de la conquista y de la colonia: ésta es su prehistoria. En la novela aparece este pasado prehistórico en forma de restos fósiles y de reminiscencias hábilmente diseminados a lo largo y ancho de sus 351 páginas: "una armadura del siglo XV con todas sus partes soldadas por un cascote de óxido, cuyo interior tenía la resonancia hueca de un enorme calabazo lleno de

[13] A nivel anecdótico hay alusiones, explícitas o implícitas, al sueño de Jacob, p. 28; a la canastilla de Moisés, pp. 249, 254; al maná, p. 274; a la ballena de Jonás, p. 276; a Jesús entre los doctores, p. 295; a la virginidad de María y a la ascensión en el caso de Remedios la Bella, pp. 172, 205, 216 , 245, 350; al éxodo,. pp. 59, 31; a la tierra (no) prometida, p. 27; al paraíso, Dp. 17, 288, 335, 341, 343; al pecado original, p. 17; a ángeles y demonios, pp. 215, 284, 291, 303, 314; al diluvio, pp. 267 y ss.; al Apocalipsis, pp. 291, 350; a las profecías, pp. 280, 350; al Antiguo Testamento, P. 327, etc. A nivel de lenguaje serían muy importantes los resultados: "a imagen y semejanza", p. 15; "patriarca juvenil", p. 15; "infundió un soplo de vida", p. 159; "fue concebido y dado a luz"; p. 20; "borrada de la faz de la tierra", p. 40; víctima de expiación p. 182; "desde siempre y para siempre", p. 351; "por los siglos de los siglos", p. 53, etc., etc... "García Márquez trasciende el mito americano al incorporarlo a una simbología mítica más vasta, en la cual los lectores, educados en la tradición judeocristiana, reconocerán las historias sagradas de su infancia y se adaptarán sin esfuerzo a un contexto narrativo jalonado de referencias familiares. La mitología del Antiguo Testamento proporciona marco sugestivo y soterrada iluminación al relato novelesco". Gullón, R., García Márquez o el arte de contar, Taurus, Madrid, 1973, p. 46. Cito la 18a. edición de Cien años de soledad, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1970. En adelante emplearemos la sigla Cas. Más allá de aspectos anecdóticos y semánticos, la analogía con la Biblia la establecemos a nivel más profundo de estructura, trazado e intencionalidad. Por estructura entendemos el sistema temático subyacente a los hechos: pecado, culpa, temor, esperanza utópica, ciencia, amor, olvido, poder, justicia, explotación, soledad, castigo, juicio, destino, etc. Por trazado, la secuencia de los hechos, en este caso lineal, desde un principio (Génesis) a un fin (Apocalipsis). Por intencionalidad, no las intenciones subjetivas del autor, sino el designio que se revela en la novela: mostrar un modelo del mundo irrepetible

piedras" (*Cas* 10); "un enorme galeón español... cubierto de una tersa coraza de rémora petrificada y musgo tierno" (*Cas* 18, 129, 250); "monedas coloniales" (*Cas* 10, 14); "una ciudad lúgubre por cuyas callejuelas de piedra traqueteaban todavía, en noches de espanto, las carrozas de los virreyes" *(Cas* 178); una "mansión colonial" *(Cas* 221, 178), "embaldosado de losas sepulcrales" *(Cas* 179); "grandes óleos de arzobispos coloniales" (*Cas* 251); una "loza de la Compañía de indias" *(Cas* 285); "falso dormán de las guardias virreinales" *(Cas* 289), etc. Y, sobre todo, nos remite a la colonia el recuerdo vivo de los piratas: del legendario y temible Francis Drake que "asaltó a Riohacha en el siglo XVI" *(Cas* 23, 350) y del también inglés Walter Raleigh *(Cas* 51). Por todos estos restos y reminiscencias, podemos situar el nacimiento de Macondo finalizada la colonia, una colonia que en la novela pertenece al pasado, pero sorprendentemente un pasado sin descolonizar. Me refiero a la extrañeza que produce el hecho de que en *Cien años de soledad* y en el resto de la obra de G. García Márquez, brillen por su ausencia referencias o alusiones al período de la emancipación, tan próximo a los tiempos de la fundación de Macondo. ¿Cómo interpretar este silencio absoluto de la más reciente prehistoria? ¿Se trata de un silencio intencionado en G. García Márquez, de un silencio simbólico que habla de que, pese a la tan contada y cantada Independencia,-aún no somos independientes? (Cf. Mi visión de *El Bolívar de Gabo, 1990).*

En esta prehistoria se suceden los éxodos. Utilizando un término bíblico, se habla en la novela de "el éxodo que culminó con la fundación de Macondo" *(Cas* 31, 60) o de la travesía por el macizo de la sierra grande de Santa Marta "hacia la tierra que nadie les había prometido" *(Cas* 27). Pero con anterioridad, los bisabuelos de la protopareja habían emigrado de Riohacha, ciudad marina, a las estribaciones orientales de la misma sierra. Existieron, pues, dos éxodos. Bíblicamente "éxodo" significa salida de una situación de opresión (la esclavitud de los hebreos bajo el Faraón) y el pasaje o travesía hacia una nueva situación de liberación (tierra prometida). ¿Qué sentido tiene cada uno de los éxodos que preceden y que culminan en la fundación de Macondo?

En el primero, los bisabuelos de Ursula Iguarán parten de Riohacha hacia la sierra "a vivir lejos dei mar" *(Cas* 24); huyen dei mar "buscando la manera de aliviar sus terrores" *(Cas* 25). El temor al mar los persigue hasta la ranchería de indios donde el aragonés construyó a su mujer "un dormitorio sin ventanas para que no tuvieran por donde entrar los piratas de sus

pesadillas". *(Cas* 24). En efecto, cuando el pirata Francis Drake atacó a Riohacha, en el siglo XVI, la bisabuela de Ursula "se asustó tanto con el toque de arrebato y el estampido de los cañones que perdió el control de sus nervios y se sentó sobre un fogón encendido" (*Cas* 24). En consecuencia, quedó tullida y psíquicamente traumatizada. Más allá de la anécdota, ¿qué significado tiene el mar de los piratas del cual huyen en el primer éxodo?

El asalto a Riohacha, por parte de Francis Drake (15451596), con el cual se abre y se cierra la novela *(Cas* 24, 350), aunque histórico, es anacrónico; no pudo suceder en vida de la bisabuela. Pero poco importa tal anacronismo a los fines del narrador, pues, como tantas otras cosas en la obra, tiene, sólo valor de símbolo. Francis Drake simboliza las pesadillas del pasado colonial, pesadillas que se conservan en la memoria y se transmiten de generación en generación: "En épocas pasadas -según le había contado el primer Aureliano Buendía, su abuelo -Sir Francis Drake se daba al deporte de cazar caimanes a cañonazos, que luego hacía remendar y llenar de paja para llevárselos a la reina Isabel" *(Cas* 16). Corsarios, bucaneros y piratas constituyeron durante la colonia una constante y temible amenaza a las poblaciones costeras del Caribe[14]. Para ejemplo, Cartagena, "ciudad coloniai fortificada contra los bucaneros... con su antiguo puerto negrero"[15]. Pero el temor atávico al mar no proviene sólo de los piratas. Por el puerto negrero, al que alude G. García Márquez, entraron durante la colonia miles de esclavos, los que podían sobrevivir nueve largos viajes también de pesadilla. Los demás eran arrojados como desecho al mar. Y, antes que todos, por el mar llegó el conquistador a imponer su ley de violencia y saqueo. En estas condiciones, no es de extrañar que el mar despierte en el subconsciente costeño malos recuerdos y que Macondo, fundado en tierra firme, en cercanías del mar, se desarrolle de espaldas al mar, que un día buscaron sin encontrarlo y otro lo encontraron sin buscarlo, como si anduviera jugando al escondite.

En Cien años de soledad el mar tiene la mala imagen dei pasado, un pasado sucio, de muertos, irrepetible. El mar es "espumoso y sucio" *(Cas* 18, 250); constituye "obstáculo insalvable" *(Cas 18* frente al cual se quiebran todos los sueños; es cementerio al que miles de muertos son arrojados "como banano de rechazo" (*Cas* 262) en los tiempos de la masacre. Con similares rasgos se pinta el mar en los cuentos: "El mar del tiempo perdido", se titula uno de ellos. En Macondo no existe la alegría dei mar, el disfrute del mar, como en otras culturas. El mar

[14] Ver el libro de BERMÚDEZ, A. E., Piratas en Santa Marta, 1978.
[15] GARCÍA MÁRQUEZ, G. Todos los cuentos. Bogotá, Oveja Negra, 1983, p. 253.

significa muerte y no vida, experiencia negativa que también se da en el pueblo hebreo, tal como se expresa en la *Biblia*[16]*.* En el primero de los éxodos se huye, por tanto, de un pasado de temor.

El segundo se inicia años después de vivir lejos del mar, en la ranchería de indios. Aunque el matrimonio de José Arcadio Buendía y Ursula Iguarán era previsible desde que vinieron al mundo, el hecho de ser primos los marcó desde el primer día de la unión con "un común remordimiento de conciencia" (Cas 25). Las sangres venían de atrás "secularmente entrecruzadas" (Cas *25)* y sentían miedo de pasar por la vergüenza de engendrar iguanas" *(Cas* 25). Existía en la familia el precedente premonitorio de un hijo con cola de cerdo en otro matrimonio entre primos. Hubieran sido felices, "si la madre de Ursula no la hubiera aterrorizado con toda clase de pronósticos siniestros sobre la descendencia hasta el punto que rehusara a consumar el matrimonio" *(Cas 27).*

El incesto o ayuntamiento carnal entre parientes próximos y los terrores a las posibles consecuencias negativas es, de principio a fin, el hilo conductor de la historia. Las uniones incestuosas constituyen un verdadero pecado original en la estirpe de los Buendía. Hoy sabemos que el incesto degenera la especie y obstaculiza su porvenir, y quizá por lo mismo ha sido tabú en muchas culturas primitivas. También, en su forma extrema o edípica, constituye tema central de la tragedia griega. En *Cien años de soledad,* "sin el incesto inicial, la primera pareja no habría dejado su lugar de origen y no habría fundado a Macondo; sin el incesto final, la última pareja no habría precipitado el desastre que borró a Macondo de la faz de la tierra[17]. Una de las primeras consecuencias del primer incesto es la muerte de Prudencio Aguilar que, aunque calificada "como un duelo de honor", les dejó "un malestar en la Conciencia" *(Cas* 26) que a la postre no pudieron soportar.

Esta conciencia atormentada y culposa, efecto de la muerte y dei temor a las posibles consecuencias degenerativas del incesto, los mueve en el segundo éxodo a emprender la casi imposible travesía por la sierra. Se trata de un autoexilio y de una búsqueda del paraíso "anterior al pecado original" *(Cas* 17). Desmantelaron sus casas, cargaron enseres, mujeres y niños, y como en el éxodo bíblico caminaron durante "veintiséis meses" *(Cas* 16), sin rumbo fijo,

16 Ver la palabra Mar en el Vocabulario de teología bíblica del X León-Dufour, Herder, Barcelona, 1965.
[17] TODOROV, T., en Gabriel García Márquez, p. 111.

a través de la serranía, pero siempre en sentido 'contrario a Riohacha (es decir, al pasado), "hacia la tierra que nadie les había prometido" *(Cas* 27), es decir, buscando una liberación a la postre imposible. Un día, después de dos años de continua marcha, los veintiún intrépidos que desentrañaron la selva, contemplaron desde cumbre nublada "la llanura acuática de la Ciénaga Grande, explayada al otro lado del mundo" *(Cas* 29). Dos meses después, en este "otro" lado del mundo, aparentemente lejos del pasado de temor y de culpa, "fundaron a Macondo para no tener que emprender el camino de regreso..., una ruta que no les interesaba, porque podía conducirlos al pasado" *(Cas* 16*).*

3. Génesis y tiempos originales

El Génesis, primer libro bíblico, relata en forma mítica el origen absoluto dei mundo y dei hombre, la creación de Dios, anterior al pecado original. En *Cien años de soledad* asistimos a un génesis relativo, a la "fundación" de un mundo anheladamente nuevo, que pretende romper con un pasado mancillado por el pecado, la culpa y la muerte. Por lo mismo, el éxodo precede al génesis "en esta Biblia colombiana"[18]. Génesis aquí significa recreación de una Arcadia feliz, connotada por el segundo nombre del patriarca José Arcadio. La historia de la humanidad ha estado jalonada por este mismo tipo de pretensiones utópicas de recuperar paraísos perdidos o de crear otros nuevos. La misma idea de América, en gran medida, en los días posteriores al descubrimiento obedeció a este impulso genesíaco y utópico de crear un Nuevo Mundo. Macondo, en su fundación, es el símbolo de todas las utopías.

En el acto fundacional se hace un claro en medio de la selva "paraíso de humedad y de silencio, anterior al pecado original" *(Cas* 17). Para olvidar, ¿qué mejor que este paraíso de "silencio" sin rastro de pasado humano? Como en el paraíso adámico, no falta un río cuyas "aguas diáfanas se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos" *(Cas* 9). En clara alusión al génesis bíblico, un mundo no apalabrado aún por el hombre, también aquí "el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo" *(Cas* 9). El nombre, que llevará el pueblo hasta su destrucción apocalíptico, es también recibido en sueños, como tantas revelaciones importantes en, la *Biblia:* "José Arcadio Buendía soñó esa noche que en aquel lugar se levantaba

[18] RODRÍGUEZ MONEGAL, E., en Gabriel García Márquez, p. 129.

una ciudad. ruidosa con paredes de espejo. Preguntó que qué ciudad era aquélla, y le contestaron con un nombre que nunca había oído, que no tenía significado alguno, pero que tuvo en el sueño una resonancia sobrenatural: Macondo" *(Cas* 28). Descubierto el Nuevo Mundo, se le imponen igualmente nombres que vienen todos de fuera, y que en Bulas, en legajos oficiales de la Corona y en cartas geográficas tienen resonancias sobrenaturales.

El protopadre José Arcadio Buendía actúa en el comienzo como "un patriarca juvenil" *(Cas* 15), dando instrucciones y consejos para la siembra y crianza de niños y animales y colaborando con todos, aun físicamente, "para la buena marcha de la comunidad" *(Cas* 15). La laboriosidad de Ursula corría pareja con la del marido. La casa de los Buendía era la mejor hasta el punto de que todas las demás "fueron arregladas a su imagen y semejanza" (Cas 15). Los animales domésticos vivían "en comunidad pacífica" *(Cas* 15). Los pájaros enjaulados alegraban la casa con sus trinos y Ursula hubo de taparse los oídos con tapones de cera de abejas "para no perder el sentido de la realidad" *(Cas* 15). Estos y otros elementos idílicos hacen de Macondo un verdadero Edén, "una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces" *(Cas,* 16). Pero, aparte del ambiente de frescura, armonía y solidaridad que se respira en las primeras páginas genésicas de *Cien años de soledad,* lo que daba a Macondo, recién estrenado, carácter de paraíso absoluto, era el hecho de que nadie tenía más de treinta años y "nadie había muerto" *(Cas* 16). Esta situación de pueblo sin cementerio se prolonga durante bastante tiempo. Melquíades, que había muerto en el mundo exterior, vino desde su soledad del más allá "a refugiarse en aquel lugar del mundo no descubierto por la muerte" *(Cas* 49). Sólo en el segundo deceso del inmortal gitano, Macondo pierde esta prerrogativa y es señalado "con un puntito negro en los abigarrados mapas de la muerte" *(Cas* 73*).*

En estos tiempos originales, se vive en Macondo un ambiente de realidades cotidianas simples marcadas por una especie de estado de inocencia. "Los hombres actúan como niños gigantes, dominados por las pasiones y necesidades más primitivas y por tanto más sencillas. Pueden matar o lanzarse a las aventuras más inverosímiles, pero siempre han de estar dominados por la ingenuidad (sin que la misma excluya la brutalidad) que les hace ignorar el mal"[19]. En efecto, José Arcadio Buendía, el patriarca, vive sus últimos años amarrado al castaño del patio, símbolo del árbol de la vida, "en un estado de inocencia total" *(Cas* 74). Se dice que los macondianos

[19] ARENAS, R., en Gabriel García Márquez, p. 151.

sólo estaban "sujetos a la ley natural" *(Cas 76),* anterior a la predicación dei evangelio. Cuando llega el padre Reyna, con una pastoral formalista mal encaminada, a "cristianizar a incircuncisos y gentiles, legalizar concubinarios y sacramentar moribundos..., le contestaban que durante muchos años habían estado sin cura, arreglando los negocios dei alma directamente con Dios" *(Cas* 77). Desde el punto de vista dei cura, aquél era el paraíso de la impiedad. Cansado de "predicar en el desierto" (Cas 77), en aquella tierra a la que "tanta falta le hacía la simiente de Dios" *(Cas* 76), decide implantar el cristianismo construyendo un templo, "el más grande dei mundo, con santos de tamaño natural y vidrios de colores en las paredes, para que fuera gente desde Roma a honrar a Dios en el centro de la impiedad" *(Cas 77).* El catolicismo se implanta en Macondo desde los tiempos originales, pero, como consecuencia de una pastoral inadecuada, habrá siempre una dualidad entre el fondo mítico-mágico de la religiosidad popular y el catolicismo oficializado.

4. La ciencia del bien y del mal

La vida edénica del génesis bíblico se perturba bruscamente cuando la pareja primordial decide, sucumbiendo a la tentación de la serpiente, comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. En la *Biblia* se trata de poder decidir por sí mismos sobre lo bueno y lo malo: "una reclamación de autonomía moral, por la que el hombre no se conforma con su condición de criatura"[20]. Quieren ser como Dios. En Macondo, la tentación de la ciencia no alcanza tales niveles de profundidad. Los macondianos no intentan ser como dioses, sino dejar de vivir "como burros" *(Cas 15).* Melquíades actúa en los tiempos originales como "una suerte de serpiente que invita a comer los frutos de la ciencia"[21].

En efecto, cada año en el mes de marzo llegaban a la aldea los gitanos y desde el primer momento "todo el mundo se espantó" *(Cas 9)* ante la truculenta demostración que Melquíades hizo de los nuevos inventos (el imán, el catalejo, la lupa, el astrolabio, la brújula, el sextante, etc.). En Macondo se reciben las maravillas de la ciencia, cuando ya son archiconocidas en otras partes dei mundo, quizás para señalar la llegada tardía de América Latina al banquete de la civilización occidental. Por pura especulación, para poner un ejemplo, José Arcadio Buendía, el más alborozado y alborotado de los habitantes de Macondo, descubre que la Tierra es redonda

[20] Ver Biblia de Jerusalén, nota a Gén. 2, 17.
[21] ORTEGA, J. En Nueve asedios..., p.. 77.

como una naranja, "teoría ya comprobada en la práctica, aunque desconocida hasta entonces en Macondo" *(Cas* 12). Para bien o para mal, la vida en la casa y en la aldea se altera bruscamente. Adán, en este caso José Arcadio Buendía, sucumbe a la tentación o espejismo de la ciencia importada, frente a Ursula que, al contrario de lo que sucede en la *Biblia,* se muestra siempre más reservada y escéptica que su marido. Este emprende, bajo la fascinación de la tentación, las empresas más descabelladas y delirantes, abandonando los quehaceres de la vida cotidiana, o se encierra en el laboratorio a especular, a experimentar o a fabricar la imposible piedra filosofar. "Nos hemos de podrir en vida sin recibir los beneficios de la ciencia" *(Cas 19),* solía decir quejándose dei mal sentido con que eligió el lugar para la fundación de Macondo, rodeado de aguas de incomunicación. Trató un d a e seducir a su reacia mujer para cambiar el pueblo de lugar "con la promesa de un mundo prodigioso donde bastaba echar unos líquidos mágicos en la tierra para que las plantas dieran frutos a voluntad del hombre y donde se vendían a precio de baratillo toda clase de aparatos para el dolor" *(Cas 19).*

Bajo el espejismo de la técnica y la ciencia, los macondianos responden con una actitud mágica: la desaforada imaginación de José Arcadio "iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza, y aún más allá dei milagro y de la magia" *(Cas* 9). Por todas partes ve "fierros mágicos" *(Cos* 19), "aparatos mágicos" *(Cas* 19*),* "líquidos mágicos" *(Cas* 19), tomando en serio a Melquíades, según el cual las cosas tienen vida propia y "todo está en despertarles el ánima" *(Cas* 9). Este espejismo mágico frente al desconocido e increíble mundo de los inventos, que también se dio en los primitivos pueblos de América a la llegada de los descubridores, genera en los macondianos un complejo de inferioridad: "en el mundo están ocurriendo cosas increíbles... mientras nosotros estamos viviendo como burros" *(Cas* 15). Y al revés, ven en los portadores de la ciencia seres superiores, que parecían tener poderes sobrenaturales. José Arcadio Buendía consideraba que "los conocimientos de Melquíades habían llegado a extremos intolera*bles" (Cas* 15). No es que Melquíades, de condición humana honesta, pretendiera engañar; es que, sin quererlo, deslumbraba la imaginación mágica con la simple mostración de algo usual en el mundo exterior. Lo contrario sucede con la nueva tribu de gitanos, que siguió a la de Melquíades. Estos sí se aprovechan de la mentalidad mágica de los macondianos, mostrando en una tienda que "según decían, perteneció al rey Salomón" *(Cas* 22), mediante pago previo, nuevos y nuevos inventos, entre ellos un témpano de hielo. José Arcadio Buendía pagó cinco reales para poder tocar el hielo "mientras el corazón se le hinchaba de temor y de júbilo al

contacto del misterio"... volví¿> a pagar otros cinco más y volvió a poner la mano y, "como expresando un testimonio sobre un texto sagrado, exclamó: éste es el gran invento de nuestro tiempo" *(Cas 23).*

Descubierto el engaño mágico de los nuevos gitanos, "mensajeros de la concupiscencia" (*Cas* 40), son vetados en Macondo, mientras que la memoria mítica de Melquíades permanecerá viva más allá de su muerte. Los nuevos gitanos contaron, para desolación de los macondianos, que la tribu de Melquíades "había sido borrada de la faz de la tierra por haber sobrepasado los límites dei conocimiento humano" *(Cas* 40), en clara alusión a la tentación bíblica de intentar ser como dioses, según la interpretación usual en el catolicismo popular de querer saber más que Dios.

5. Los tiempos del olvido

Otro de los trastornos, que sacude a Macondo al final de los tiempos originales, es la peste dei olvido, que recuerda la confusión de las lenguas en la torre de Babel. El embrollo no es como en la Biblia, solamente de lenguaje, "de modo que no entienda cada cual el de su prójimo" *(Gén. 11,* 7), sino otro más radical que afecta a la memoria de los macondianos hasta el punto de no poder dormir ni recordar. Macondo "se hundía sin remedio en el tremedal del olvido" *(Cas* 48). La peste la trajeron a Macondo los indios de la sierra e invadió la memoria de los macondianos. Era un olvido de muerte en vida: "Cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aún la conciencia dei propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado" *(Cas* 44).

Leyendo estas babélicas páginas de *Cien años de soledad, no* se puede menos que avistar la parábola en la que está cifrada nuestra capacidad de olvido del pasado, la pérdida de la memoria histórica. "La historia de América Latina es también una suma de esfuerzos desmesurados e inútiles y de dramas condenados de antemano al olvido. La peste del olvido existe también entre nosotros"[22]. En efecto, la América aborigen, sometida al impacto traumático de la conquista y colonización, en el proceso de transculturación, fue perdiendo los

[22] GARCÍA MÁRQUEZ, El olor de la guayaba, p. 76.

recuerdos de la infancia precolombina, los términos y las nociones de las propias lenguas, la identidad de su propio ser y personalidad cultural, hasta sumirse en una especie de "idiotez sin pasado" y, en consecuencia, en un mundo sin futuro "construido por alternativas inciertas" (*Cas* 48). Pero de las comunidades indígenas la peste se propaga a Macondo, resultado histórico de la transculturación. La América Latina postcolonial fue logrando con los años una difícil y compleja identidad cultural mestiza triétnica, que hoy de nuevo se ve amenazada con nuevas formas de imperialismo cultural, como si nuestro sino histórico fuera el de vivir siempre en una "realidad escurridiza" *(Cas* 47), sin peso específico en la cola, sin ser nadie.

Es conmovedora la lucha que emprenden los macondianos contra las sucesivas y cada vez más radicales evasiones de la memoria. José Arcadio Buendía mandó marcar cada cosa con su nombre: *mesa, silla*, *reloj, puerta, cama, cacerola,* etc. También marcó animales y plantas: *vaca, chivo, puerco, gallina, yuca, magala, guineo,* etc., "de modo que le bastaba leer la inscripción para identificarlas" *(Cos* 47). Bien distinto de nuestras prácticas actuales extranjerizantes de "engringar" las paredes de nuestras ciudades con toda clase de rótulos comerciales exóticos; hasta los apellidos de la propia estirpe que en Macondo son castizos, los queremos hoy ocultar embadurnándolos con nombres de bautismo traídos de la admirada Disneylandia. En la lucha contra el olvido, los macondianos caen en la cuenta de que nada sirve la palabra escrita, si se olvida la utilidad de las cosas. Cuántas utilidades hemos desmemoriado en América Latina, para acogernos a productos y recetas transnacionales no más eficaces que las tradicionales, cuya bondad deberíamos investigar más y comercializar. Como muestra ejemplar de cómo estaban dispuestos a luchar contra esta nueva y más letal forma de olvido, colgaron en la cerviz de la vaca este letrero: *"Esta es la vaca, hay que ordeñarla todas la mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche" (Cas* 47). Pero los macondianos descubren la posibilidad de otro olvido todavía más radical, a medida que avanza la enfermedad: la desmemorización de la pertenencia al propio mundo y del sentido último de la vida. Entonces el hombre queda sin raíces, expósito al vaivén de toda incertidumbre. Contra este último y letal olvido colocan en la entrada del pueblo "un anuncio que decía *Macondo* y otro más grande en la calle central que decía *Dios existe*" *(Cas* 47*).*

Un buen día, quizás en premio a su lucha, "la luz se hizo en su memoria" *(Cas* 49) y los macondianos pudieron celebrar "la reconquista de sus recuerdos" *(Cas* 49). Tal reconquista sobrevino en forma mágica, mediante la ingestión de una sustancia de color apacible que el inmortal Melquíades, en aparición oportuna, les dio a beber como en los cuentos de hadas. Hoy sabemos que la reconquista de nuestra identidad cultural, nuevamente amenazada, no es obra de magia ni de milagros, sino de un esfuerzo árquico y crítico de reactualización de la memoria perdida o distorsionada de nuestro pasado y de formación de la conciencia histórica de las nuevas generaciones.

6. El pecado original del incesto y la soledad

"Hay un pecado original en la familia Buendía"[23] y este pecado es el incesto. Pero hay un gran tema en la novela, que es la soledad. *Cien años* de soledad es el "libro de la soledad"[24]. ¿Incesto y soledad son dos temas sueltos o son, más bien, dos caras de un mismo problema?

A mi modo de ver, no existe duplicidad temática en la novela, admirablemente unitaria en su inmensa complejidad. El incesto es la cara biológica de la soledad, la soledad es la cara psicológica del incesto. Para probar la tesis habría que recurrir al psicoanálisis. Por una parte, es evidente que "el mito de Edipo es fundamental en la concepción de *Cien años de soledad,* ya que suministra el modelo de una familia incestuosa que es destinada a la aniquilación total"[25]. El incesto en esta estirpe es tan inevitable como el pecado original de la *Biblia* en la especie humana.

En efecto, nunca los protopadres, ni siquiera en el paraíso, pueden olvidar la condición incestuoso de su enlace de primos. El horror a las funestas consecuencias los persigue siempre. En la travesía de la sierra "fue concebido y dado a luz" el protomacho de la estirpe, "y sus padres dieron gracias al cielo al comprobar que no tenía ningún órgano animal" *(Cas* 20). En cada nacimiento reviven en Ursula los terrores dé recién casada. Al nacer Amaranta, Ursula "la examinó minuciosamente. Era liviana y acuosa, pero todas sus partes eran humanas" *(Cas* 33). Cuando Ursula ve un día desnudo a su primogénito adolescente, estaba tan bien equipado para

[23] OVIEDO, J. M., en Nueve asedios..., p. 99.
[24] GARCÍA MÁRQUEZ, G., en Gabriel García Márquez, p. 242.
[25] MEGRADY, D., en Gabriel García Márquez, p. 77, nota 23.

la vida que le pareció que "la desproporción era alto tan desnaturalizado como la cola de cerdo dei primo" *(Cas* 29). Ursula vive siempre con la preocupación de evitar las consecuencias dei incesto y la transmite a Amaranta, aunque con los felices nacimientos de las sucesivas generaciones se va diluyendo la preocupación. No así el incesto.

En la historia de los Buendía hay enlaces o uniones incestuosas entre primos carnales (José Arcadio Buendía y Ursula iguarán), entre tías y sobrinos (Amaranta-Aureliano José, Amaranta Ursula-Aureliano). Pero más allá dei incesto en tercer grado, intencional y efectivamente existe un incesto en primer grado en el que la libido se orienta hacia la madre, aunque la unión nunca se consuma. Efectivamente, desde el primer encuentro iniciático de José Arcadio, el protomacho de la estirpe, con Pilar Ternera, se nos dice que "quería estar con ella, quería que ella fuera su madre *(Cas* 29). Y, en la consumación de la fiesta erótica, se añade que, cuando daba con el rostro de Pilar, "se encontraba con el rostro de Ursula, confusamente consciente de que estaba haciendo algo que desde hacía mucho tiempo deseaba que se pudiese hacer, pero que nunca se había imaginado que se pudiera hacer" *(Cos* 31). Pilar Ternera, rechazada y aceptada a la vez por Ursula como algo vitando pero inevitable, se entrega también a Aureliano con sentimiento maternal: "Buscó a Aureliano en la oscuridad, le puso la mano en el vientre y lo besó en el cuello con una ternura maternal. Mí pobre hijito, murmuró" *(Cas* 65). Ambos hermanos engendran en Pilar con sentimientos incestuosos y por ella se continúa la estirpe. Pilar Ternera es una especie de doble genital de Ursula. También Pilar Ternera fue para su hijo Arcadio, engendrado en la unión con José Arcadio, "una obsesión irresisti*ble" (Cas* 101). Arcadio, que "no conocía el secreto de su filiación" *(Cas* 101), obsedido por la pasión, trata un día de llevar a la hamaca a su propia madre, que horrorizada se niega: "No puedo, no puedo... No te imaginas cómo quisiera complacerte, pero Dios es testigo de que no puedo" *(Cas* 101). Igualmente, tienen características edípicas los profundos amores entre Aureliano José, hijo de Aureliano y Pilar Ternera, y su tía Amaranta. Esta lo había criado como a hijo. Cuando le propone matrimonio formal, Amaranta responde que es su tía, pero que "es como si fuera tu mamá, no sólo por la edad, sino porque lo único que me faltó fue darte de mamar" *(Cas* 132). Aureliano José responde que no sólo es posible casarse con una tía, sino que "estamos haciendo esta guerra contra los curas para que uno pueda casarse con su propia madre" *(Cas* 132). Amaranta, heredera de los temores de Ursula al incesto, le replica que no es sólo eso: "es que nacen hijos con cola de cerdo" *(Cas* 132). El complejo de Edipo se repite simbólicamente en la última

pareja, la que al fin engendra el animal mitológico. El último Aureliano, unido a Amaranta Ursula con pasión irresistible, tiene la mala conciencia de estar cohabitando con su hermana, aunque al final descubre, en los pergaminos de Melquíades, que son sobrino y tía. Pero el nombre com. puesto de Amaranta Ursula recapitula simbólicamente los nombres de la tía y de la protomadre de la estirpe. Los amores incestuosos de los Buendía bordean intencionalmente el complejo de Edipo, forma suprema de incesto, aunque éste no se consuma, al contrario de lo que sucede en la tragedia griega.

Por otra parte, además de incestuosos, los personajes de *Cien años de soledad* viven y mueren en la soledad más absoluta y espantosa. Las empresas de locura que emprenden, su desaforada libido, el poder y la gloria que conquistan, la prosperidad de milagro qué les sobreviene, la vida despreocupada y la glorificación del despilfarro, los desastres apocalípticos a los que sucumben, la muerte individual y colectiva, todo, todo está impregnado de soledad, como de una mala sombra. De principio a fin de la novela: se refugian en la soledad *(Cas* 33); no pueden soportar la soledad *(Cas* 49); tienen aire de soledad *(Cas* 133); son cómplices en la soledad.(das 135); lloran su soledad hasta la muerte *(Cas* 143) se extravían en la soledad de su inmenso poder *(Cas* 146); tratan de romper lb dura cáscara de su soledad *(Cas* 149); pactan con la soledad *(Cas* 174); conquistan los privilegios de la soledad *(Cas* 191); vagan por el desierto de la soledad *(Cas* 204); pierden la esperanza de derrotar la soledad *(Cas* 222); ven la cara de su soledad miserable (Cás 229); experimentan la amarga soledad de las parrandas (Cat 232); encuentran el paraíso de una soledad compart*ida (Cas* 228); o lejos de compartir la soledad vive cada uno la suya *(Cas* 305); se recluyen por la soledad y el amor o por la soledad dei amor en una casa *(Cos* 340). Al fin sabemos que la estirpe, que ha vivido todas estas infinitas formas de soledad, estaba condenada a cien años de soledad *(Cas 351).*

Que incesto y soledad están unidos en alguna forma es evidente. De la última pareja incestuoso se dice que se recluyeron en la casa, en un pueblo abandonado hasta por los pájaros, "por la soledad y el amor y por la soledad dei amor" *(Cas* 340). Aquí la soledad es inherente al amor incestuoso. La relación profunda habría que estudiarla a la luz dei psicoanálisis. Sin ánimo de profundizar citaré sólo un texto de Freud: "Llegamos a ver en la actitud incestuoso con respecto a los padres el *complejo central* de la neurosis"[26]. La neurosis la define Freud como evasión o

[26] FREUD, S. " I. El horror al incesto", en Tótem y tabú.

pérdida de la realidad, al menos en forma parcial, y como un ampararse en sí mismo, huyendo de las dificultades de la vida real[27]. El incestuoso, por lo mismo, es un solitario. Su amor no es un amor de alteridad o exógamo, sino un amor endógamo, en el que la libido orientada hacia los suyos (la madre en primer lugar); es como diría Agustín de Hipona un "amor sui", un amor a sí mismo. La soledad, por consiguiente, se caracteriza como falta de verdadero amor, que consiste en dar y darse, y en falta de solidaridad.

El propio G. García Márquez ha insistido en estas ideas y se ha quejado de que "nadie ha tocado el punto que a mí más me interesaba al escribir el libro, que es la idea de que la soledad es lo contrario de la solidaridad y que yo creo que es la esencia dei libro... La frustración de los Buendía proviene de su soledad, o sea, de su falta de solidaridad, la frustración de Macondo viene de ahí, y la frustración de todo, de todo, de todo, es la falta de amor"[28].

7. El círculo vicioso de la guerra eterna

Esta falta de amor y de solidaridad, de la que nos habla G. García Márquez, y la consiguiente frustración en la soledad se escenifican en la novela en forma colectiva de interminables guerras fratricidas. En los tiempos de guerra, Macondo se transforma de aldea en pueblo, primero con corregidor y después con alcalde. La autoridad central se hace presente en la antes aislada aldea. El tiempo mítico de los tiempos originales, en virtud de esta inserción, se transforma en tiempo histórico. En adelante, la aldea aislada pasa a formar parte de las instituciones y avatares de la República de Colombia de las últimas décadas dei siglo XIX y las primeras dei XX. Y no hay que olvidar que la historia de Colombia, tal como se vive en Macondo, es una evocación de la historia de América Latina en el mismo período. Sin ser un libro de historia, *Cien años de soledad* evoca mejor que muchos libros de texto lo que fue nuestra historia decimonónica en sus rasgos esenciales: interminables luchas entre federalistas y centralistas, entre liberales y conservadores, que como dos tribus rivales se persiguen y despedazan en cruentas guerras civiles. Estas, supuestamente, terminan en Colombia en el año 1902 con la extenuante y arrasadora guerra de "los mil días", pero la violencia política entre liberales y

[27] FREUD, S. "La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis".
[28] "La violencia recorre de una punta a otra la historia de Colombia, y en este período de violencia política, que fue la violencia organizada desde el poder, los conservadores arrasaban puebloi, poblaciones enteras, armaban las policías y al ejército y a sus partidarios para aterrorizar a los liberales, que eran mayoría, y poder mantenerse en el poder". GARCÍA MÁRQUEZ, G., en Gabriel García Márquez, p. 244.

conservadores revive como flagelo, un tanto anacrónico, pero no por ello menos sangriento y bárbaro, a partir de 1948. G. García Márquez califica este aspecto de nuestra historia como "el círculo vicioso de aquella guerra eterna" *(Cas* 146*).*

Un crítico ha calificado las guerras, evocadas en *Cien años de soledad,* de "división cainita entre liberales y conservadores, entre blancos y colorados, entre demócratas y civilistas28, en clara alusión a la historia bíblica de Caín y Abel. Este mito universal de odio y muerte entre hermanos es figurado en la novela a nivel individual por el rencor mortal de Amaranta a Rebeca. Amaranta jura impedir el matrimonio de su hermana (por adopción) con Pietro Crespi: "se prometió a sí misma que Rebeca se casaría solamente pasando por encima de su cadáver" *(Cas* 66) o así tenga que matarte"! *(Cas* 70). Rebeca, ennoviada, era infeliz bajo la amenaza, porque "conocía muy bien el carácter de su hermana, la, altivez de su espíritu y la asustaba la virulencia de su rencor" *(Cas* 7l). Rebeca no volvió a dirigirle la palabra. La única que se atrevió a mediar en las disputas entre las dos hermanas fue Remedios Moscote, la joven esposa de Aureliano que llevó a la casa un soplo de alegría. Cuando inesperada y prematuramente muere Remedios en el primer parto, "Amaranta sufrió una crisis de conciencia. Había suplicado a Dios con tanto fervor que algo pavoroso ocurriera para no tener que envenenar a Rebeca, que se sinti6 culpable de la muerte de Remedios" *(Cos* 81). En aquella insostenible situación de odios, enredos, y dilaciones matrimoniales, Rebeca termina casándose con José Arcadio, el protomacho recién llegado de un viaje alrededor del mundo, sin que Amaranta por despecho acepte casarse con Pietro Crespi. Este se suicida, mientras que Amaranta vivirá amargada en su soledad virginal sin superar jamás su rencor contra Rebeca" *(Cas* 87*).*

Análoga historia se repite a nivel colectivo entre liberales y conservadores. El héroe de estas guerras, coronel Aureliano Buendía, promueve contra el gobierno conservador "treinta y dos levantamientos armados" *(Cas* 94), perdiéndolos todos. El gobierno conservador inicia la violencia en la novela, mandando pintar las casas de azul, color partidista, para el d (a de la f iesta nacional; reemplazando en las urnas votos rojos por otros tantos azules; decomisando de casa en casa, en un pueblo sin pasiones políticas, "armas de cacería, machetes y cuchillos de cocina" *(Cas* 88), para después presentar de mala fe las armas decomisadas "como prueba de que los liberales se estaban preparando para la guerra" (*Cas* 89). G. García Márquez hace

asumir la responsabilidad del estallido de la guerra al partido conservador gobernante[29]. Un gobierno conflictivo, partidista y represivo, frente al cual los liberales terminan por organizarse en guerra de autodefensa, que los conservadores juzgan subversiva.

Las diferencias ideológicas entre ambos partidos decimonónicos las explica, desde un punto de vista conservador, Apolinar Moscote a su yerno Aureliano Buendía, antes de proclamarse éste coronel de la revolución:

"Los liberales, le decía, eran masones; gente de mala índole, partidaria de ahorcar a los curas, de implantar el matrimonio civil y el divorcio, de reconocer iguales derechos a los hijos naturales que a los legítimos, y de despedazar al país en un sistema federal que despojara de poderes a la autoridad suprema. Los conservadores, en cambio, que habían recibido el poder directamente de Dios, propugnaban por la estabilidad del orden público y la moral familiar; eran defensores de la fe de Cristo, del principio de autoridad, y no estaban dispuestos a permitir que el país fuera descuartizado en entidades autónomas" (*Cas* 88).

Pese a estas diferencias ideológicas, tal como las percibía el pueblo, y al derecho de autodefensa que asistía a los liberales, las infinitas guerras que se libran entre ambos bandos se tornan con el tiempo ideológicamente desteñidas y ambiguas, hasta el punto de no saber al final por qué -se pelea. Macondo, en sucesivas conquistas y reconquistas, pasa de manos conservadoras a manos liberales y viceversa, y en estos vaivenes de la guerra "las casas pintadas de azul, pintadas luego de rojo y luego vueltas a pintar de azul, habían terminado por adquirir una coloración indefinible" *(Cas* 111). Un cañonazo conservador tumba la torre de la iglesia y los liberales la restauran: "Esto es un disparate, comenta el padre Nicanor, los defensores de la fe de Cristo destruyen el templo y los masones lo mandan componer" *(Cas* 111 g). Tampoco Ursula entiende a sus hijos: "se pasan la vida peleando contra los curas y regalan libros de oraciones" *(Cas* 143). Al final de las guerras se concluye que la única diferencia entre liberales y conservadores "es que los liberales van a la misa de cinco y los conservadores a la de ocho" *(Cas* 209*).*

[29] "La violencia recorre de una punta a otra la historia de Colombia, y en este período de violencia política, que fue la violencia organizada desde el poder, los conservadores arrasaban puebloi, poblaciones enteras, armaban las policías y al ejército y a sus partidarios para aterrorizar a los liberales, que eran mayoría, y poder mantenerse en el poder". GARCÍA MÁRQUEZ, G., en Gabriel García Márquez, p. 244.

También son ambiguas las actuaciones de liberales y conservadores. Aunque es verdad que G. García Márquez hace asumir, a nivel colectivo, el papel de Caín al partido conservador y al partido liberal el de víctima, sin embargo a nivel individual de personajes perece ocurrir lo contrario, en una especie de paradoja. Arcadio, el primer alcalde liberal, fue el déspota "más cruel de los gobernantes que tuvo Macondo" *(Cas* 95). Pagó sus tropelías en, el paredón de fusilamiento sin que nadie, ni la propia Ursula, se conmoviera. Paradójicamente, el coronel José Raquel Moncada, alcalde conservador de Macondo fusilado por orden del coronel Aureliano Buendía contra la protesta de Ursula y el parecer de todos, fue "el mejor gobernante que hemos tenido en Macondo" *(Cas* 139); un hombre de buen corazón que trató por todos los medios de humanizar la guerra. Las contradicciones se suceden igualmente en la vida del coronel Aureliano Buendía. El héroe liberal, que con sobradas razones organizó la guerra contra el régimen conservador, terminó "extraviado en la soledad de su inmenso poder" *(Cas* 146), hasta perder el rumbo de sus ideales y la sensibilidad de los afectos, hasta "envilecerse como un cerdo en el muladar de la gloria" *(Cos* 149) y no saber cómo terminar con aquella "guerra de mierda" *(Cas* 149). Al final, la guerra "degeneró en una sangrienta rivalidad de caudillos" *(Cas* 149). Para colmo de la ambigüedad, el antaño héroe liberal, que mantenía bajo su mando a más de cinco mil hombres, fue señalado por los propios jefes liberales, que en la capital negociaban con el gobierno conservador una participación en el parlamento, "como un aventurero sin representación de partido" *(Cas* 116). Por otra parte, cuando en un acto de justicia el coronel toca los intereses de los terratenientes, "los terratenientes liberales, que al principio apoyaban la revolución, habían suscrito alianzas secretas con los terratenientes conservadores para impedir la revisión de los títulos de propiedad" *(Cas* 144). Estas eternas, cruentas y ambiguas guerras civiles acabaron con todo: vidas, ideales, conciencias, sentimientos. Después del armisticio de Neerlandia, el coronel "se cerró con tranca dentro de sí mismo" *(Cas* 226*),* dedicándose en su encierro al oficio de hacer y deshacer pescaditos de oro, símbolo del fracaso de sus sueños y del círculo vicioso de aquellas guerras estériles entre conservadores y liberales del siglo XIX.

8. Los tiempos de las vacas gordas

Concluidas las guerras, siguen los tiempos de las vacas gordas, en los que Macondo, como por arte de magia, "naufragaba en una prosperidad de milagro" *(Cas* 168). En casa de Petra Cotes

los animales proliferaban con una rapidez sobrenatural hasta el punto de acumular una de las fortunas más grandes de la ciénaga. Aureliano Segundo, concubina de Petra, se convierte en el nuevo rico dei pueblo, botarate y extravagante: "Apártense, vacas que la vida es corta", gritaba al tiempo que convocaba al pueblo que abarrotaba la calle "para presenciar la glorificación dei despilfarro" (*Cas* 168). Ursula, escandalizada de la súbita riqueza y de las extravagancias dei hijo, suplicaba a Dios: "Haznos tan pobres como éramos cuando fundamos este pueblo, no sea que en la otra vida nos vayas a cobrar esta dilapidación" *(Cas* 168*).*

Al amparo de esta primera racha de prosperidad y patrocinado por Aureliano Segundo, su hermano José Arcadio reemprende las empresas colosales de su abuelo en un intento de hacer navegable el río desde el mar. En el primero y único viaje que los dos hermanos hicieron en balsa a Macondo "llevaron las matronas de Francia, cuyas artes magníficas del bienestar social arrasó con la antigua tienda de Catarino" y se organizó el carnaval de tres días que "hundió a Macondo en el delirio" *(Cas* 170). En el carnaval, Aureliano Segundo conoce a la aspirante a reina, Fernanda del Carpio, venida del lejano páramo. Poco después se casarían en Macondo, "en una fragoroso parranda de veinte días" *(Cas* 176).

Con el matrimonio dei corroncho y la cachaca, una nueva escala de valores lucha por imponerse, sin demasiado éxito, en casa de los Buendía. Dos formas de vida y de cultura se enfrentan; ambas por exceso o por defecto, por exuberancia vital o por rigorismo tradicional, tienen un sello de inconfundible esperpento moral. A los que piensan que Macondo es sólo la Costa y que al margen queda el Interior andino civilizado, *Cien años de soledad,* a partir de este momento, les hará ver que tan macondiana es la sierra como el litoral. Macondo somos todos. Fernanda representa las formas de un catolicismo colonial hispánico maniqueo frente al sexo, formalista en cuanto a prácticas religiosas, y con un sentido dei honor al que todo se subordina y sacrifica, disfrazado además de una sutil hipocresía. Por Fernanda se continúa la estirpe de los Buendía, aunque Aureliano Segundo seguirá frecuentando a Petra Cotes por necesidad de amor y por gusto a la parranda. Los hijos de Fernanda y Aureliano serán víctimas de esta doble moral de relajo y rigorismo asfixiante. José Arcadio, el aspirante a Papa por vocación de la madre, se pervierte en Roma y de vuelta a Macondo termina ahogado en la alberca por el grupo de niños por él pervertidos. Meme es conducida al páramo y enclaustrado bajo rejas en un convento andino en pago a la deshonra de engendrar un hijo ilegítimo; y terminará sus días solitaria,

expiando su pecado en un hospital polaco de Cracovia. El hijo ilegítimo, a punto de ser ahogado, sólo conocerá su origen al fin de su vida. Amaranta Ursula, educada refinadamente en un colegio de Bruselas, volverá a Macondo con su esposo belga Gastón, sucumbiendo al fin a amores incestuosos con el hijo de su hermana Meme, hasta engendrar al hijo con cola de cerdo, que pondrá fin a la estirpe.

La prosperidad y corrupción se extiende al pueblo. Macondo terminó de convulsionarse cuando Aureliano Triste, uno de los 17 hijos del coronel Aureliano Buendía exterminados poco después, llegó a Macondo "saludando con la mano desde la locomotora" *(Cas* 198), nueva evidencia de progreso y prosperidad que se cernía sobre el pueblo. Con el tren llegó el cinematógrafo, el teléfono, el telégrafo, el gramófono y otros adelantos no tan inocentes como la primera generación de aparatos traídos en los orígenes por los gitanos. "Era como si Dios hubiera resuelto poner a prueba toda capacidad de asombro, y mantuviera a los habitantes de Macondo entre el alborozo y el desencanto, la duda y la revelación, hasta el extremo de que ya nadie podía saber dónde estaban los límites de la realidad" *(Cas* 195). Macondo en este momento se convierte en símbolo de Colombia y de América Latina en las primeras décadas dei siglo XX, años en que, por fin, los países latinoamericanos suben, aunque tardíamente, al tren de la civilización y viven una primera prosperidad "a debe". El proceso de cambios rápidos y tumultuosos convierte la antigua aldea y pueblo, en ciudad disparatada. "Los suspicaces habitantes de Macondo apenas empezaban a preguntarse qué cuernos era lo que estaba pasando, cuando ya el pueblo se había transformado en un campamento de casas de madera con techos de cinc, poblado por forasteros que llegaban de medio mundo en el tren, no sólo en los asientos y plataformas sino hasta en el techo de los vagones" *(Cas* 196*).* ¿De dónde venía y a dónde iba tanto progreso?

En la segunda mitad del siglo XIX Inglaterra fue la potencia imperial que llenó el vacío dejado por España. En el siglo XX es Estados Unidos la nueva potencia imperial emergente. En este marco de ambiciones imperiales Macondo no podía quedar al margen de los designios manifiestos dei coloso dei norte, que condicionará su vida y preparará su muerte. Aquellos años de aparentes vacas gordas fueron en realidad un eructo volcánico que terminó de trastornar un mundo de realidades simples. La compañía bananera de Mister Brown estaba detrás de todo. En la región encantada, donde en el siglo XIX se fundó Macondo, los gringos "dotados de recursos

que en otra época estuvieron reservados a la Divina Providencia, modificaron el régimen de lluvias, apresuraron el ciclo de las cosechas, y quitaron el río de donde estuvo siempre" *(Cas* 197). Largas avenidas de bananos reemplazaron la vegetación selvática nativa. Macondo fue partida en dos: la ciudad opulenta de los gringos, cercada de malla metálica, a un lado del ferrocarril, con calles de palmeras, prados azules, casas con ventanas de redes metálicas, mesitas blancas en las terrazas y ventiladores con aspas colgados en el cielo raso. Allí llevaron "sus mujeres lánguidas con trajes de muselina y grandes sombreros de gasa" *(Cas* 197*).* Al lado contrario dei ferrocarril, la villa miserable por la que Mister Brown se paseaba con su flamante descapotable, asustando con la bocina a los perros. Macondo criollo era "un pueblo convulsionado por la vulgaridad con que los forasteros despilfarraban sus fáciles fortunas... La gente de bien era la que no tenía que ver nada con la compañía bananera" *(Cas* 217), pero se veía envuelta en aquel atolondrado torbellino humano.

Sacudido por aquella prosperidad explosiva, la corrupción se hizo general. Como si fueran pocos los antiguos burdeles de Catarino y de las matronas francesas, "un miércoles de gloria llevaron un tren de putas inverosímiles, hembras babilónicas adiestradas en recursos inmemoriales, y provistas de toda clase de ungüentos y dispositivos para estimular a los inermes, despabilar a los tímidos, saciar a los voraces, exaltar a los modestos, escarmentar a los múltiples y corregir a los solitarios. La Calle de los Turcos, enriquecida con lujosos almacenes de ultramarinos que desplazaron los viejos bazares de colorines, bordoneaba la noche dei sábado con la muchedumbre de aventureros que se atropellaban entre las mesas de suerte y azar, los mostradores de tiro al blanco, el callejón donde se adivinaba el porvenir y se interpretaban los sueños, y las mesas de fritanga y bebidas, que amanecían el domingo desparramadas por el suelo, entre cuerpos que a veces eran de borrachos felices, y casi siempre de curiosos abatidos por disparos, trompadas, navajinas y botellazos de la pelotera" *(Cas* 197). Prostitución, juego, borracheras y salvajismo componían el cuadro de la nueva situación. Un ser que no era de este mundo, Remedios la Bella, voló un día al cielo en cuerpo y alma sobre una sábana elevada por el viento.

Contra toda apariencia, las condiciones laborales de los trabajadores de las bananeras eran de explotación inmisericorde y de miseria sórdida. La insalubridad de las viviendas, el engaño de los servicios médicos y la iniquidad de las condiciones de trabajo eran palmarias. "Los obreros

de la compañía estaban hacinados en tambos miserables. Los ingenieros en vez de construir letrinas, llevaban a los campamentos, por Navidad, un excusado portátil para cada cincuenta personas, y hacían demostraciones públicas de cómo utilizarlos para que duraran más... Los médicos de la compañía no examinaban a los enfermos, sino que los hacían pararse en fila india frente a los dispensarios, y una enfermera les ponía en la lengua una píldora de color de piedralipe, así tuvieran paludismo, blenorragia o estreñimiento" *(Cas* 255).

En estas condiciones, el coronel Aureliano Buendía "masticando una cólera sorda" *(Cas* 208) en su decrépito encierro, pensó volver a la guerra: "Voy a armar a mis muchachos para que acaben con estos gringos de mierda" *(Cas* 208). Pero la compañía estaba perfectamente asentada y los hilos de la revolución decimonónica enmohecidos. Sin embargo, una nueva forma de lucha sindical, más de acuerdo con las revoluciones del siglo XX, estalló esta vez. La compañía bananera, con el respaldo dei gobierno central, con la connivencia de las autoridades locales puramente decorativas, con los enredos hermenéuticos de los abogados, con matones a sueldo, con jueces venales, y con todo el poder persuasor de la propaganda, saboteaba las justas reclamaciones de los obreros. Estos decidieron sabotear el sabotaje institucionalizado. "Incendiaron fincas y comisariatos, destruyeron los carriles para impedir el tránsito de los trenes que empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras, y cortaron los alambres del telégrafo y el teléfono. Las acequias se tiñeron de sangre. El señor Brown, que estaba vivo en el gallinero electrificado, fue sacado de Macondo con su familia y otros compatriotas suyos, y conducidos a territorio seguro bajo la protección del ejército" *(Cas* 257). Era el preludio de la masacre final en la plaza del pueblo. Las ametralladoras del gobierno segaron miles de cuerpos, cargados después en vagones de un tren nocturno e interminable, cuerpos de hombres, mujeres y niños "arrojados al mar como el banano de rechazo" *(Cas* 270). La verdad oficial propalada por todos los medios a la nación, según la cual no había pasado nada y todo seguía normal, a fuerza de repetirla, terminó por imponerse. Los textos de historia oficializaron esta versión verídicamente engañosa. Los gringos terminaron yéndose como habían venido: "en un vagón suplementario que enganchaban en la cola del tren amarillo, y que era todo laminado de plata, con poltronas de terciopelo episcopal y techo de vidrios azules" *(Cas* 196*).*

9. El paraíso perdido del diluvio

Con la misma seguridad con que en la *Biblia* se afirma que "el diluvio duró cuarenta días sobre la tierra" *(Gén.* 7, 17), en *Cien años de soledad* se asegura que "llovió cuatro a os, once meses y dos días" *(Cos* 268). Lo que sucedió, según las concepciones míticas del Cosmos propias de la *Biblia,* es que "saltaron las fuentes del gran abismo y las compuertas del cielo se abrieron" *(Gén.* 7, 1 l). En Macondo "se desempedraba el cielo en unas tempestades de estropicio, y el norte mandaba unos huracanes que despostillaron techos y derribaron paredes y desenterraron de raíz las últimas cepas de las plantaciones" (Cos 267). Al cumplirse cuarenta días del diluvio bíblico, las aguas subieron tanto sobre la tierra que "quedaron cubiertos los montes más altos que hay debajo del cielo" *(Gén. 7,* 19). También en Macondo "la atmósfera era tan húmeda que los peces hubieran podido entrar por las puertas y salir por las ventanas, navegando en el aire de los aposentos" (*Cas* 268). Aquél era el paraíso de la flora y fauna acuáticas: "Las máquinas más áridas echaban flores por entre los engranajes si no se les aceitaba cada tres días y se oxidaban los hilos de los brocados y le nacían algas de azafrán a la ropa mojada" *(Cas* 268). Sapos y caracoles andaban como por casa. Santa Sofía de la Piedad "descubrió que tenía la espalda adoquinado de sanguijuelas" *(Cas* 268). El pueblo estaba paralizado y con hambre. Ursula esperaba que dejase de llover para morirse. Con los potreros inundados, "el ganado se fugaba hacia las tierras altas donde no había qué comer, y que estaban a merced del tigre y de la peste" *(Cas* 272). Petra Cotes "vio con impotencia sorda cómo el diluvio fue exterminando sin misericordia una fortuna que en un tiempo se tuvo por la más grande y sólida de Macondo, y de la cual no quedaba sino la pestilencia" *(Cas* 272). Cuando al fin la lluvia empezó a apaciguarse, se levantaron las nubes y un sol bobo apareció en el horizonte escurriendo agua, "la región encantada que exploró José Arcadio Buendía en los tiempos de la fundación, y donde luego prosperaron las plantaciones de banano, era un tremedal de cepas putrefactas, en cuyo horizonte remoto se alcanzó a ver por varios años la espuma silenciosa del mar" *(Cas* 343). Lo que quedaba después de este azote bíblico era "el paraíso perdido del diluvio" *(Cas* 343).

¿Quién había desencadenado tan desmesurado azote sobre la región y la ciudad aparentemente próspera? En *Cien años de soledad* se establece una conexión causal entre la compañía y el diluvio: "el señor Brown convocó la tormenta" *(Cas* 267); Macondo fue sacudido por "el huracán de la compañía bananera" *(Cas* 280). Mientras la gente común, desinformada por la propaganda oficial, se lamentaba de la ruina en que cayó el pueblo con el abandono de la compañía, Aureliano les cantó la verdad con madurez y versación del niño Jesús entre los

doctores: "Su punto de vista, contrario a la interpretación general, era que Macondo fue un lugar próspero y bien encaminado hasta que lo desordenó y lo corrompió y lo exprimió la compañía bananera, cuyos ingenieros provocaron el diluvio para eludir los compromisos con los trabajadores" *(Cas* 295). El diluvio aparece, pues, como castigo al cambio de las leyes ecológicas, a la explotación irracional de los recursos naturales, a la opresión inmisericorde de los trabajadores y a la corrupción generalizada traída a Macondo por la sarna de la compañía bananera. Se trata, pues, de un castigo, el primero antes de la consumación del siglo en el Apocalipsis final. También en la *Biblia* el pecado generalizado y la corrupción galopante tienen su castigo en el diluvio: "Viendo Yahvé que la maldad del hombre cundía sobre la tierra, y que todos los pensamientos que ideaban en su corazón eran puro mal de continuo, le pesó a Yahvé el haber hecho al hombre sobre la tierra, y se indignó en su corazón. Y dijo Yahvé: 'Voy a exterminar de sobre la faz del suelo al hombre que he creado, desde el hombre hasta los ganados, las sierpes y hasta las aves del cielo, porque me pesa el haberlos hecho" *(Gén.* 6, 5-7). En el diluvio macondiano, sin necesidad de arca se salva por el momento aquella "comunidad elegida por el infortunio" (*Cas* 320). Pero su suerte estaba echada desde siempre y para siempre. En vano, Ursula Iguarán, la protomadre matusalénica que había sobrevivido a todas las locuras, a todas las perversiones y a todos los desmanes, desastres e infortunios de la casa y del pueblo, trataba aún de pelear contra las leyes de la creación para perpetuar la estirpe. Pasado el diluvio, muere Ursula y con ella desaparece el puntal que había sostenido en vilo la casa contra los embates del desorden.

10. Tiempos de postrimerías, impenitentes y aciagos

Al diluvio sigue "el viento profético que arlos después habría de borrar a Macondo de la faz de la tierra" *(Cos* 280). El paraíso encantado de los tiempos originales, el paraíso decadente de las eternas guerras civiles, el paraíso alucinado de las vacas gordas, se convierte después del diluvio en un "paraíso de desastres" (*Cas* 341). Son "los tiempos de postrimerías, impenitentes y aciagos" *(Cos* 346). Inmediatamente después del diluvio, para borrar definitivamente este mundo de pecado y corrupción, sobreviene el Apocalipsis. "Empezó a soplar el viento árido que sofocaba los rosales y petrificaba los plátanos, y se acabó de esparcir sobre Macondo el polvo abrasante que cubrió para siempre los abrasados techos de cinc y los almendros centenarios" *(Cas* 283). En los dormitorios vacíos de la casa se percibía "el trueno continuó del comején

taladrando las maderas, y el tijereteo de la polilla en los roperos, y el estrépito devastador de las enormes hormigas coloradas que habían prosperado en el diluvio y estaban socavando los cimientos de la casa" *(Cas* 283*).*

En estas circunstancias aciagas, muere Ursula Iguarán matusalénica, como los viejos centenarios de la *Biblia,* rogando a Dios para que "las hormigas coloradas no tumbaran la casa... y para que ningún Buendía fuera a casarse con alguien de la misma sangre, porque nacían los hijos con cola de cerdo" (*Cas* 290). El pecado original, junto a los pecados personales y colectivos, está al principio y al fin como arte y parte del desastre que a pasos contados se avecina. Al entierro de Ursula suceden signos de mal agüero. "Ese medio día hubo tanto calor que los pájaros desorientados se estrellaban como perdigones contra las paredes y rompían las mallas metálicas de las ventanas para morirse en los dormitorios" (Cos 291). Otro presagio apocalíptico fue anunciado por el anciano párroco desde el púlpito el domingo de Resurrección. Había visto un animal que describió "como un híbrido de macho cabrío cruzado con hembra hereje, una bestia infernal cuyo aliento calcinaba el aire y cuya visita determinaría la concepción de engendras por las recién casadas" *(Cas* 291). Aunque de momento no prestaron atención a la "plática apocalíptico" *(Cas* 291) del alucinado párroco, pronto pudieron convencerse con sus propios ojos de que el anticristo o el demonio andaba suelto.

Por tales signos y por los desafueros de la naturaleza era evidente que Macondo se enrumbaba incontenible y rápido por los precipicios de la destrucción final, pese a la última esperanza de restauración que se vive en aquel desierto calcinado, a la vuelta de Bruselas de Amaranta Ursula y su esposo Gastón. Pero la situación se torna invivible y rápidamente dejan Macondo muertos y vivos. El inmortal Melquíades que, pese a las muertes sucesivas, seguía rondando la casa de los Buendía, decide irse "tranquilo a las praderas de la muerte definitiva" (*Cas* 301). En secuencia cinematográfica acelerada, muere en su clausura solitaria Rebeca; muere José Arcadio Segundo cayendo de bruces sobre los pergaminos de Melquíades; desaparece Santa Sofía de la Piedad sin volverse a saber nada de ella; muere Fernanda en cama cubierta con capa de armiño; muere el aspirante a Papa, José Arcadio, ahogado en una alberca; muere el más el personaje más matusalénico, Pilar Ternera, en una noche de fiesta "vigilando la entrada de su paraíso" *(Cas* 336). Y los que no mueren se van de Macondo. Regresa a Europa Gastón para nunca más volver. El sabio catalán remata la librería de incunables y se embarca para la aldea mediterránea

en la que había nacido. A continuación se van los amigos del sabio Catalán, Alfonso y Germán, "y no se volvió a saber de ellos" *(Cas* 339). El propio Gabriel (Gabriel García Márquez), que por fin gana un concurso, arranca para París "con dos mudas de ropa, un par de zapatos y las obras completas de Rabelais" *(Cas* 340). Los únicos supérstites, en este Macondo de las postrimerías, son Aureliano, hijo de Meme, cuya filiación desconocía, y Amaranta Ursula abandonada a su suerte por Gastón:, "Era lo último que iba quedando de un pasado cuyo aniquilamiento no se consumaba, porque seguía aniquilándose indefinidamente, consumiéndose dentro de sí mismo, acabándose cada minuto pero sin acabar de acabarse jamás" *(Cas* 339*).*

11. Apocalipsis y consumación del siglo

El último Aureliano sentía una pasión irreprimible hacia Amaranta Ursula, aún antes de irse Gastón. "Cuando se vieron solos en la casa sucumbieron en el delirio de los amores retrasados..., se entregaron a la idolatría de sus cuerpos..., se lamieron como perros y se amaron como locos en el piso del corredor, y fueron despertados por un torrente de hormigas que se disponían a devorarlos vivos" *(Cas* 344). Vivieron días de desafuero carnal "en aquel Macondo olvidado hasta por los pájaros, donde el polvo y el calor se habían hecho tan tenaces que costaba trabajo respirar, recluidos por la soledad y el amor y por la soledad del amor en una casa donde era imposible dormir por el estruendo de las hormigas coloradas" *(Cas* 340). Una culpabilidad, sin embargo, los atormentaba: eran de la misma sangre. Aureliano tenía la mala conciencia de ser hermano de Amaranta Ursula.

El incesto se consuma por última vez con las consecuencias temidas de un siglo atrás. Nació por fin el niño con cola de cerdo. En el nacimiento muere desangrada la madre. En el aturdimiento del padre, las hormigas coloradas, "todas las hormigas del mundo iban arrastrando trabajosamente hacia sus madrigueras por el sendero de las piedras del jardín *(Cos* 349) al último vástago de la estirpe. Aureliano, la última conciencia supérstite en Macondo, comprendió en la lectura de los pergaminos de Melquíades en los que se profetizaban los hechos mientras se cumplían, que no saldría del cuarto con vida. El fin del mundo se acercaba con pasos certeros. "Entonces empezó, el viento tibio, incipiente, lleno de voces del pasado, de murmullos de geranios antiguos, de suspiros de desengaños anteriores a las nostalgias más tenaces" *(Cas* 350). Siguió la segunda arremetida del viento "cuya potencia ciclónica arrancó los quicios de las

puertas y las ventanas, descuajó el techo de la galería orientai y desarraigó los cimientos" *(Cas* 350). Sólo entonces descubrió Aureliano que era Aureliano Babilonia y que "Amaranta no era su hermana", sino su tía, y que Francis Drake había asaltado a Riohacha solamente para que ellos pudieran buscarse por los laberintos más intrincados de la sangre, hasta engendrar el animal mitológico que había de poner término a la, estirpe" *(Cas* 350). Macondo, en el momento final, es centrifugado en un pavoroso remolino de polvo y de escombros "por la cólera del huracán bíblico" *(Cas* 350). "El ciclo está completo, el círculo cerrado: del caos al caos y en los eslabones intermedios fútiles esfuerzos por establecer un orden duradero, un mundo resistente a la erosión de las fuerzas que lo constituyen. Pues Macondo, como los hombres, nació para la muerte, para vivir en larga lucha que es, claro está, agonía, espera de la muerte"[30]. Sólo falta, para terminar la parábola, el juicio final.

12. Profecías y juicio final

Para más parecido con la *Biblia,* sabemos al final que el destino de Macondo estaba escrito en los pergaminos de Melquíades, este "ser prodigioso... que parecía conocer el otro lado de las cosas" *(Cas* 13). En el *Génesís* actúa como serpiente bíblica que invita a comer los frutos del árbol de la ciencia. Después de su primera muerte vuelve a Macondo en los tiempos del olvido a restaurar la memoria perdida. Desde entonces se quedará en Macondo viviendo como uno más de la familia hasta su segunda muerte, que no será la definitiva. Es evidente que Melquíades, que "tenía un peso humano, una condición terrestre que lo mantenía enredado en los más minúsculos problemas de la vida cotidiana" *(Cas* 13), estaba preocupado por la suerte de la estirpe que lo había acogido. Una noche, leyendo a *Nostradamus,* cree hallar una predicción: Macondo "sería una ciudad luminosa, con grandes casas de vidrio, donde no quedaba ningún rastro de la estirpe de los Buendía". José Arcadio Buendía le contradice: "No serán casas de

[30] GULLON, R., García Márquez o el arte de contar, Taurus, Madrid, 1973, p. 62. G. García Márquez afirma que no está seguro "de que la historia de ¡Cien años de soledad¡ dure en realidad cien años" (El olor de la guayaba, p. 77). Poco importa el perfecto acople de la ficción a un determinado período de nuestra historia. Gracias a esta ambigüedad, "un siglo" puede tener un valor simbólico y representar la totalidad de nuestra historia colombiana o latinoamericana e incluso la historia humana en su totalidad. Cien años de soledad, "¿no serán cien siglos", ¿no será el suyo un tiempo total, absoluto, que comienza con el desperezarse de la humanidad y concluye cuando ella acaba? (GULLON, R., Ibidem, p. 21). También en la Biblia "siglo" significa la totalidad del tiempo humano en este mundo, "usque ad consumationem saeculi" (Mt. 13, 40). En la Biblia existe una esperanza escatológico en un nuevo "siglo venidero". En G. García Márquez, el anuncio extranovelístico, en el discurso de Estocolmo, de una segunda oportunidad sobre la tierra", una esperanza de realización histórica, para los pueblos latinoamericanos. La consumación del siglo está, pues, en función de nuevos tiempos históricos.

vidrio sino de hielo, como yo lo soñé; y siempre habrá un Buendía, por los siglos de los siglos" *(Cas* 52). A partir de esta predicción vemos a Melquíades encerrado en su cuarto, misterioso y solitario, "garabateando signos indescifrables" *(Cas* 63) en ásperos pergaminos. Antes de su segunda muerte, Melquíades hizo escuchar a Arcadio "varias páginas de su escritura impenetrable, que por supuesto no entendió, pero que al ser leídas en alta voz le parecían encíclicas cantadas" (*Cas* 68). El libro de las profecías estaba escrito, cuando muerto y sepultado con honores de gran benefactor, Melquíades inaugura el cementerio de Macondo. Sin embargo, el inmortal muerto sigue deambulando por los espacios de la casa, con una presencia fantasmal, siguiendo los avatares de la gente, conversando con los amigos vivos, compadeciéndose de sus desgracias y, sobre todo, custodiando sus sibilinos manuscritos. José Arcadio Segundo se dedicó a ratos a leer y releerlos sin ninguna fortuna. La interpretación de los mismos estaba reservada al último Aureliano "que llegó a la adolescencia sin saber nada de su tiempo, pero con los conocimientos básicos dei hombre medieval" *(Cos* 301). Melquíades podía irse "tranquilo a las praderas de la muerte definitiva, porque Aureliano tenía tiempo de aprender el sánscrito en los años que faltaban para que los pergaminos cumplieran un siglo y pudieran ser descifrados" *(Cas* 301*).* La revelación de las profecías coincide,, al fin con el cumplimiento dé los hechos profetizados. Las claves definitivas de las escrituras se le revelaron a Aureliano, después de muchos años de estudio y brega hermenéutica: "de pie, sin la menor dificultad, como si hubieran estado escritos en castellano bajo el resplandor deslumbrante del medio día, empezó a descifrarlos en voz alta. Era la historia de la familia, escrita por Melquíades hasta en sus detalles más triviales, con cien años de anticipación" *(Cas* 349).

La realidad profetizada y escriturada con cien años de anticipación, plantea el problema metafísico del destino: el último Aureliano comprendió que "su destino estaba escrito" (*Cas* 349). La idea del destino transita por toda la obra de G. García Márquez bajo el aparente albedrío hasta el capricho de sus personajes. En *Cien años de soledad* se califica el destino de: "travieso, irrevocable, irremediable, incorregible, irreparable" *(Cas,* 18, 135, 200, 249, 265). Al final sabemos que el destino de todos los personajes estaba escrito hasta en sus mínimos detalles, aun cuando algunos "no tengan la menor idea de su destino" *(Cas* 304) o no sientan aún "la premonición de su destino" (*Cas* 50). Otros personajes, en cambio, tienen "una visión sorprendentemente anticipada de su destino" *(Cas* 153), muestran "honda conformidad con su destino" *(Cas* 96), viven atribulados "por la fatalidad de su destino" *(Cas* 153), "llorando la

desdicha de su destino" *(Cas* 96), o se sublevan "contra aquella burla de su destino" *(Cas* 254). De la casa de los Buendía se dice que parecía que "estuviera predestinada a convertirse en un basurero de perdición" *(Cas* 216*).*

¿Se trata de un destino aciago y trágico, de un determinismo sin libertad real en los personajes reales o de ficción, víctimas de la moira o el sino? G. García Márquez menciona siempre entre sus lecturas preferidas a *Edipo Rey* de Sófocles[31]. En el "Brindis por la poesía", leído en Estocolmo, hace alusión a "nuestra condición de juguetes de un azar indescifrable"[32]. En *Crónica de una muerte anunciada* todo el mundo sabía lo que iba a pasar, pero nadie podía hacer nada para impedirlo. Pese a todo, creemos que lo que quiere significar G. García Márquez es más bien la red de influencias objetivas que condicionan la vida y la historia del hombre sin determinarla unívoca y trágicamente. Más aún, en el pensamiento bíblico y cristiano existe la doctrina de la omnisciencia y predestinación de Dios, para quien "un siglo de episodios cotidianos" *(Cas* 350), en realidad todo el tiempo convencional de los hombres, coexisten en un instante. Es el tiempo eterno, o eternidad, definida por Boecio como "la posesión simultánea y perfecta de una vida sin término" *(interminabilis vitae tota simul et perfecta possesio).* Por su parte, los filósofos escolásticos (Báñez y Molina) discutieron sobre si la moción de Dios o concurso a las acciones libres de las criaturas racionales era un concurso previo y predeterminante o un concurso simultáneo apoyado en la llamada "ciencia media" de los futuribles. En cualquier caso, se admitía en ambas escuelas, junto al dominio de Dios, una real libertad humana. La predestinación, según el pensamiento católico, no anula la libertad humana. En *Cien años de soledad* el narrador-dios invisible, que todo lo ve, que todo lo sabe como si los hechos "todos coexistieran en un instante" (*Cas* 356); que abarca con su mirada todo el tiempo, que escruta

---

[31] GARCÍA MÁRQUEZ, G., El olor de la guayaba, pp. 49 y 124: "¿Tu libro preferido? Edipo Rey "Se podría, en realidad, proponer una interpretación distinta de Cien años de soledad desde la tragedia griega. P. Lastra ha escrito un buen ensayo sobre "La tragedia como fundamento estructural de La hojarasca" (Gabriel García Márquez, pp. 40-49). Y no sólo porque G. García Márquez haya leído a los griegos y "los griegos sean nuestros clásicos: es que, en cierto modo, los griegos somos nosotros... Grecia constituye un elemento formal de las posibilidades de lo que hoy somos" (ZUBIRI, Xavier, Naturaleza, historia, Dios, 5a. ed., Madrid, 1963, pp. 312-331). Pero hay algo más: "Si bien nuestra filosofía vive de Grecia, hunde, en cambio, su otra raíz en la existencia judía (ZUBIRI, Xavier, "Sobre el problema de la filosofía", en Revista de Occidente, No. 118, 1933, p. 94). Sucede, pues, que los occidentales (y los latinoamericanos también somos occidentales, aunque no europeos) somos a la vez Atenas y Jerusalén y unas veces nos sale el griego y otras el semita que llevamos dentro. Pero pienso que las estructuras intencionales de la cultura semita, asimilada con el cristianismo, son las que hasta ahora han dado sentido último a la cultura occidental.

[32] GARCÍA MÁRQUEZ, G., "Brindis por la poesía", Cf. nota 34, p. 15.

hasta el fondo los pensamientos y los corazones de los personajes de la ficción, y que revela secretos que los propios personajes nunca pudieron descifrar[33], asiste al curso de los acontecimientos con su mirada omnisciente sin determinarlo, aunque Melquíades los haya profetizado. Hechos, profecía y narración coinciden. ¿Habría pues, cierta analogía con la doctrina cristiana de una predestinación con libertad, más que con la idea griega dei destino inexorable? "No es necesario acudir a la Cábala, o al más transitado ejemplo de *Nostradamus* (al que G. García Márquez no deja aludir)..., para descubrir en la más central religión de nuestro occidente esa identificación secreta y a la vez explícita entre el libro y el mundo, entre la palabra de Dios y la creación entera"[34]. Imposible explicar desde el fatalismo griego, en el que el tiempo como círculo vicioso se repite según la ley del eterno retorno a "lo mismo", el juicio final que sigue al Apocalipsis en la novela[35].

Aureliano Babilonia, "antes de que llegara al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos, y que todo lo escrito en ellos era irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra" (*Cas* 351).

"Estaba previsto...” por una parte: que la ciudad sería arrasada y desterrada de la memoria de los hombres al término de la lectura de los pergaminos por Aureliano Babilonia, tal como ocurri6 en el punto final de la ficción. El propio Aureliano sería la última víctima en el cuarto del cual no podría salir con vida y así lo entendió. Hasta aquí todo estaba previsto y escrito en las profecías de Melquíades. Pero estaba también *previsto* que todo *lo escrito,* la totalidad de los hechos escriturados por Melquíades, era *irrepetible* desde siempre y para siempre. Esta previsión parece

[33] Por ejemplo, la muerte de José Arcadio: "éste fue tal vez el único misterio que nunca se esclareció en Macondo" (Cas 118). El narrador-dios parece echar el muerto a Rebeca.
[34] RODRÍGUEZ MONEGAL, E., en Gabriel García Márquez, p. 134.
[35] Lo que ha puesto a pensar a muchos críticos en un tiempo circular griego, es el hecho de que Ursula, conciencia profunda de su mundo, sienta repetidas veces como si "el tiempo diera vueltas en redondo y hubiéramos vuelto al principio" (Cas 169, 192, 253, 285). Pienso, no obstante, que tales "vueltas" no son sino "remolinos", que se dan en un fluir continuo del tiempo de la novela hacia un fin apocalíptico, que nos recuerda el verso de Jorge Enrique: "Nuestras vidas son los ríos, que van a dar en la mar, que es el morir..." por mucho que las aguas den vueltas, w estanquen, se estríen o bifurquen. "Un siglo de naipes y de experiencia le había enseñado (a Pilar Ternera) que la historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje" (Cas 334). El subrayado es nuestro.

desbordar las profecías; nos eleva al plano superior del punto de vista del narrador-dios, en realidad el creador de la ficción, desde el cual se emite el juicio inapelable, que niega a Macondo "una segunda oportunidad sobre la tierra" *(Cas* 251). Si hay juicio, hay responsabilidad, hay libertad en la historia que se nos cuenta y en los protagonistas de la misma, por muy asediados que estén por esa red de influencias nefastas que les impiden ser y hacerse con entera libertad y responsabilidad.

13. Soledad y segunda oportunidad de América Latina

Hemos mostrado cómo la estructura, el trazado y la intencionalidad de *Cien años de soledad* son profundamente bíblicas. De principio a fin, narra la historia de una especie de viejo testamento latinoamericano con sus pretensiones utópicas iniciales, con las deformaciones sucesivas de la magia y del olvido, con las crueldades sin sentido de las guerras fratricidas, con la explotación y la opresión y corrupción del sistema capitalista, con las perversiones del incesto y la soledad, hasta la consumación del siglo y del mundo, hasta el juicio final. Intencionalmente, la parábola cumple una función pedagógica, como la *Biblia;* la de mostrarnos como en un espejo cómo hemos sido y cómo no podemos ser ya jamás. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre este viejo testamento macondiano y el Antiguo Testamento bíblico. En la *Biblia* brilla siempre, en medio de todos los pecados y plagas posibles, una esperanza de salvación hacia el futuro. En *Cien años de soledad* hay ausencia total de esperanza. Podríamos pensar que estamos ante una novela del absurdo, que condena un esperpento moral sin futuro y nada más. Pero *Cien años de soledad,* para su correcta comprensión, hay que leerla también en sus prolongaciones posteriores, en especial en ese *apéndice* necesario a la ficción que es *La soledad de América Latina.*

En el discurso de Estocolmo, aplicando la parábola a la realidad latinoamericana, hizo ver el "nudo" y el "tamaño" de nuestra soledad histórica, una historia hecha de empresas descomunales y desaforadas que parecieran sacadas de un libro de ficción. "Hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida"[36]. A los talentos racionales de Europa les recordó que "se han quedado sin un método válido para

[36] GARCÍA MÁRQUEZ, G. La soledad de América Latina y Brindis por la poesía, Bogotá, Corporación Editorial Universitaria de Colombia, 1983.

interpretarnos", porque la vida no hace iguales estragos en todas las partes y porque la actual búsqueda de nuestra identidad es tan ardua y sangrienta para nosotros como en otras épocas, ya remotas, lo fuera para los europeos. "La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios". Pero no basta con una correcta interpretación, con una revisión de la manera de vernos. "La solidaridad con nuestros sueños no nos hará sentir menos solos, mientras no se concrete en actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo".

Lo demás, hasta el final, es un canto a la vida y, en consecuencia, el anuncio de una buena nueva que falta en *Cien años de soledad.* G. García Márquez en *La soledad en América Latina* apuesta en firme por la vida: "frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida". Tal filosofía contradice las apariencias de una victoria de la muerte: "ni los diluvios ni las pestes, ni las hombrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han podido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte". En América Latina la vida se afirma cada arlo con 74 millones de nuevos seres humanos. En los países más prósperos, en cambio, se ha logrado acumular un poder de destrucción capaz de aniquilar cien veces a todos los seres vivos. Frente a esta contingencia apocalíptico, G. García Márquez, citando a su maestro William Faulkner, se niega "a admitir el fin del hombre". Aún es tiempo de emprender una utopía de signo contrario. El último párrafo del discurso anuncia una segunda oportunidad para América Latina. No hay contradicción entre el apocalíptico final de *Cien años de soledad* y este profético anuncio de vida. Aquél se refiere al viejo y desgastado Macondo, a su viejo testamento; éste, al nuevo Macondo que hemos de construir sobre cielos nuevos y nueva tierra. En consecuencia, propone "una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra".

Entre ambos testamentos latinoamericanos se podría pensar que existe una ruptura total. Sin embargo, de la *Biblia* escribió Agustín de Hipona que "el Nuevo Testamento está latente en el Antiguo, y que el Antiguo se manifiesta en el Nuevo" *(Novum Testamentum in Vetere latet, Vetus in Novo patet).* Esta parece en efecto, ser la articulación real de la historia, articulación

dialéctica, que debe cumplirse también en nuestro caso. G. García Márquez ciertamente niega pero no puede anular dei todo el viejo ciclo de Macondo; sólo así se entiende que le conceda una segunda oportunidad distinta en la que ciertos valores latentes o explícitos en nuestra vida y vieja historia condenada han de manifestarse y brillar en una nueva epifanía hacia el futuro. El viejo Macondo fue por momentos una comunidad solidaria y bien encaminada; la casa de los Buendía, corazón de Macondo, fue siempre hospitalaria, virtud muy latinoamericana; en medio de las locuras y la soledad que caracteriza a sus miembros, la casa en una ocasión "se llenó de amor" *(Cas* 63); Ursula es un ser que vive siempre para los demás hasta la muerte; Remedios la Bella no es un ser de este mundo; existen momentos de clarividencia frente a la mentira oficial momentos de levantamientos justos y de heroísmo, momentos conmovedores de lucha contra el olvido y por la propia identidad. Estos y otros muchos aspectos positivos no han sido negados por G. García Márquez, antes bien han de tener la oportunidad de desarrollarse en el marco de las nuevas condiciones de vida, de amor, de solidaridad y de felicidad que el discurso de Estocolmo establece.

La parábola evocada por G. García Márquez, aunque se desarrolle en un macrocosmos insignificante, por extensión analógica adquiere significación universal. Es también la parábola humana individual y colectivamente[37]. A tal propósito, escribió Carlos Fuentes, quien tuvo el privilegio de asistir a la gestación de la novela colombiana en México: "Acabo de leer las primeras ochenta cuartillas de *Cien años de soledad.* Son absolutamente magistrales... Macondo se convierte en un territorio universal, en una historia casi bíblica de las fundaciones y las generaciones y las degeneraciones, en una historia del origen y destino del tiempo humano y de los sueños y deseos con los que los hombres se conservan o destruyen"[38].

---

[37] Gabriel García Márquez ha expresado en entrevistas y en su obra periodística una clara tendencia hacia el socialismo adaptado a la propia realidad colombiana y latinoamericana, como cauce político de realización de los valores que "líricamente" afirma en su discurso de Estocolmo. En este sentido ha podido afirmar, lo que todos saben, que es "un hombre comprometido", para añadir a continuación: "pero tengo muchas reservas sobre lo que entre nosotros se dio en llamar literatura comprometida". Como literato, después de larga reflexión, comprendió al fin G. García Márquez "que mi compromiso no era con la realidad política y social de mi país, sino con toda la realidad de este mundo y del otro, sin preferir ni menospreciar ninguno de los aspectos". Como literato evoca, muestra, expresa por medio de "fictos' toda nuestra realidad, incluso la juzga, "pero sin las limitaciones que racionalistas y estalinistas de todos los tiempos han tratado de imponerle para que nos cueste menos trabajo comprenderlas" (El olor de la guayaba, pp. 60-62).

[38] FUENTES, C., cit. en Gabriel García Márquez, p. 276.